

—Para don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla.

Muza repitió al esclavo, hasta hacérselo aprender de memoria, el nombre dictado por el capitán, y añadió:

—Que se diga á ese caballero que el capitán Gaston de Vargas queda como huésped durante algunos días en mi alcázar, y que el emir Muza Ebn-Abil-Gazan solicita licencia para él de Sus Altezas los reyes de Castilla y Aragon. Que enrode el pergamino y lo perfume, y que penda de él con hilos de seda mi sello de oro.

Al amanecer mi alférez, acompañado de cuatro escuderos, llevarán este mensaje al real cristiano, acompañado del presente de uno de mis mejores caballos de Persia, de un broquel, una jacerina y un alfanje de Túnez.

Tú, que eres sagaz y entendido, Acbahr, no olvides una sola de mis palabras, y cúmplelas como has cumplido otros empeños mayores, si amas tu cabeza.

El esclavo se inclinó.

—Ahora troquemos nuestras armas, Gaston, porque mi empresa es demasiado conocida para que me importe disfrazarme.

El trueque se hizo en un momento, y después de haberse saludado afectuosamente, Gaston, precedido de Acbahr y seguido de Garcés, montó á caballo, y se alejó á lo largo del río.

Muza esperó, hasta que el sonido de sus pasos se perdió en el silencio, y luego entró en la cueva.



VII.

Era esta estrecha, profunda y oscura; multitud de aves nocturnas despertaron al ruido de los pasos de Muza y se lanzaron por la grieta, en tanto que el emir adelantaba perdido en la sombra, sirviéndose como de tiento de la punta de su espada.

Al fin chocó en una pared, y sus piés tropezaron en una piedra colocada sobre el húmedo suelo, y sobre la cual, siguiendo las instrucciones de Gaston, dejó caer con fuerza el pomo de su espada.

El eco retumbó sonoro, vibrante, perdido á lo lejos como en las revueltas de una mina.

Pasó un gran espacio de tiempo, durante el cual Muza llamó tres veces; al fin una voz robusta, sa-

liendo al parecer de la tierra, dijo en mal castellano:

—¿Yuyo ó espada?

—*Tanto monta*, contestó alterando su voz el emir.

Oyóse poco despues rechinar ásperos goznes, las tinieblas dibujaron algunas líneas de luz, y al fin se rompieron al girar de un fragmento de roca, que se abrió lo bastante para dar paso é un ginete.

Un hombre cubierto con un albornoz, llevando una lámpara en la mano, con el rostro cubierto por el extremo de la toca, y armado de una pica corta y de ancha cuchilla, apareció ante el emir, cuyos ojos se fijaron en el introductor tras las espesas barras del yelmo de encaje del capitan Gaston.

—¿Quién eres? le dijo, prosiguiendo en mal castellano el hombre de la lámpara.

—Un caballero cristiano, contestó con repugnancia Muza.

—¿De dónde vienes?

—Del real de Santafe.

—¿Quién te envía?

—El infante Sidy Yahye.

—¿A quién buscas?

—Al infante Sidy Alhamar, contestó Muza á la ventura y echando recatadamente mano al pomo de su espada bajo el manto.

—Muy allegado debes ser del que te envía, puesto que te ha revelado ese nombre.

—¡Mucho! contestó Muza, procurando dulcificar en vano lo sombrío de su acento.

—¡Sígueme!

El emir adelantó, y la puerta se cerró con estruendo.

Y el hombre de la pica empezó á andar rápidamente á lo largo de la mina, cortada á pequeños trozos por altos peldaños abiertos á pico. Y subian por aquel largo y estrecho subterráneo, que cada vez se hacia mas pendiente, y no cesaron hasta despues de una hora de marcha, y delante de una puerta de hierro, que el que guiaba tocó con el cuento de su pica.

La puerta se abrió.

Un vestíbulo, sostenido por arcos árabes y alumbrado por una lámpara, dejó paso á Muza y su guia hasta otra puerta ensamblada con todo el gusto y la riqueza de los adornos orientales.

Aquella puerta se abrió como la primera, y Muza pudo ver un magnífico aposento circular, cuya bóveda de estalácticas, pintadas con los mas vivos colores y matizadas de oro, estaba sostenida por arcos festonados, sobre columnas de alabastro.

Y aquel retrete no era un subterráneo puesto que en sus alámies habia agimeces y puertas, y que á través de los transparentes de la cúpula penetraba el leve rumor del ramaje de árboles cercanos, impulsados por las brisas de la noche.

Cuando hubieron llegado alli, el hombre del albornoz dejó la lámpara sobre un pedestal de pórfido, arrimó á él la pica, y sentándose fatigado en un divan, dijo á Muza:

—Reposa, cristiano, y cuando vuelvas á Santafé dí que has visto en sueños uno de los retretes del palacio de Hiram.

—Hay quien dice, respondió sombriamente Muza, que el emir del rey Abou-Abdallah arrolla con el

pié las alfombras de oro, y posa sus ojos en cúpulas de diamantes en su alcázar de la Alhambra.

—¡Muza Ebn-Abil-Gazan! ¡maldígale Dios! exclamó el encubierto en buen árabe. Y luego añadió en castellano: ¿y quién te ha dicho esas maravillas?

—El capitan Gaston de Vargas, contestó Muza, un hidalgo bravo y generoso á quien debe su vida el emir, y que estuvo hospedado con él como el hermano en casa del hermano.

—El lobo se une al lobo, contestó el encubierto; sin ese malsin castellano las gentes del infante Sidy Yahye hubieran acabado con Muza, y ahora los reyes de Castilla y Aragon serían dueños de Granada. Pero Eblis protege al emir, y aun vive el rey Abou-Abdallah.

Muza devoró un rugido de furor tras la visera de su yelmo.

—Pero si han sido desgraciados los del infante en esta ocasion, repuso Muza, ¿por qué no se acecha al emir cuando ronda con poca gente la ciudad?

—Mas tarde, mas tarde aun, contestó el otro fijando á través de su toca su mirada recelosa en el emir; aun aman á Muza en Granada; A'bd-el-Kerim-Zegrí, su katib, vela por él y es indómito y respetado hasta la bajeza por el pueblo: sus walies Naim Reduan y Mohamet-Ebn-Zaide le aman como á un Dios y son las trompetas de su fama; acometer á Muza en Granada es imposible, ó al menos muy peligroso. ¿Y qué acontece en el real de Santafé?

—Alli se aguarda tambien, contestó Muza dominando la amargura de su pensamiento; se tiene mucha fe en que Granada se entregará por sí misma, y

se alientan los odios de Zoraya y de Aixa la Horra, de Abou-Abdallah y de los afectos á los infantes. Se espera escaramuzando para no fastidiarse en la ociosidad, y se cree que de un momento á otro Muza, cansado ya de tanta acechanza y de tanta traicion, ataque en sus reales al enemigo y le haga ir mas allá de los montes de Loja.

Habia pronunciado con tal energía el emir sus últimas palabras, que el encubierto no pudo menos de levantarse receloso.

—Eso se dice, contestó Muza, conociendo que á pesar de desfigurar su voz el acento extranjero habia cometido una imprudencia en la espresion de los proyectos que ardian en su mente; eso se dice por algunos abencerrajes adictos aun al rey; pero en el real se espera por los servicios de los infantes un próximo triunfo.

Volvióse á sentar el hombre de la toca, y siempre receloso preguntó á Muza:

—¿Y á qué os envia aquí el infante?

—Para avisar á su hermano de que se le conoce por el emir á pesar de sus barbas, su rosario de faquí y sus horóscopos de sabio; que ha sabido que esta mañana habló con él Muza en la puerta de la grande aljama del Albaicin, y que es preciso adoptar otro medio de hacerse parciales y promover motines.

La espresion recelosa desapareció entonces de los ojos del incógnito, que se levantó y tendió su mano al emir:

—Habia dudado de tí, le dijo, y mi mano no ha dejado hasta ahora la empuñadura de mi puñal; pe-

ro cuando mi hermano te ha revelado lo que sólo él y yo sabemos, es porque puede disponer de ti como de un hermano. Yo soy el infante Sidy Alhamar.

Y desprendióse dicho esto de la toca, mostró al emir un semblante joven, enérgico y hermoso, pero de espresion malévola y astuta.

—Ya sabes quien soy, dijo á Muza, descúbrete, cristiano, y que yo vea los ojos de nuestro amigo.

—Infante, votos me ligan con Dios, y con mi fe de caballero; busco una mujer que he visto en sueños, y ni aqui, ni en el campo, ni en el real, alzo mi visera hasta que la encuentre. Entre tanto que he de decir á tu hermano.

—Dile que velo y es difícil que me sorprendan. Dile que el sol alumbra mi casa, pero sombrío aun; dile que todavía no quiere el destino que seamos invencibles.

Muza comprendió el sentido misterioso de la frase de Sidy Alhamar, y una brillante inspiracion pasó por su frente.

—Tu hermano padece, infante, le dijo, está ciego sin la luz del *Sol de la hermosura*; y quiere que yo la vea para que pueda decirle si aun es rojo el color de sus mejillas, y si aun sus ojos ostentan la pureza de la vírgen.

—¡Mi hermano desconfia de mí! exclamó Sidy Alhamar, en buen hora, y puesto que ha descornado ante tus ojos el velo de su alma, sígueme, cristiano, y dí al infante lo que vas á ver.

Dicho esto, Sidy Alhamar se levantó del divan, tomó la lámpara, llegó á una puerta inmediata y la abrió.

Moza se encontró en un jardín al aire libre; observó que los muros no eran muy altos; reconoció la cúpula de la grande aljama tras ellos, y sintió el paso de algunas rondas que pasaban por la calle.

Entre tanto Sidy Alhamar llegó á una galeria situada al extremo del jardín, abrió una puerta, y penetró con Muza en un vestibulo sobre el cual una gruesa alfombra amortiguaba el ruido de las pisadas. Estaba envuelto en las tinieblas, pero le inundaba un ambiente saturado de perfumes.

Atravesáronle, y el infante levantó un tapiz.

Entonces una luz suave, pálida, encerrada en una lámpara fabricada con sutiles chapitas de nácar incrustadas y caladas en oro, halagó los ojos del emir; tapicerias de púrpura y brocado cubrian las paredes afligranadas, y festones de gasa pendian de la cúpula del retrete; envolvíale un silencio voluptuoso, y casi se percibia el ténue suspiro de la respiracion de una mujer que aparecia tendida en el centro del retrete envuelta en una túnica de blanco lino sobre un divan de seda azul.

Aquella mujer no dormia, puesto que se levantó lentamente y se puso de pié.

—¿Qué buscáis aqui? dijo en árabe puro y con un acento lleno de dignidad. ¿Acaso no puede dormir la cautiva sin que su señor venga á sorprender su sueño?

Muza se acercó á aquella mujer á una indicacion de Sidy Alhamar, y su corazon se comprimó de admiracion, de sorpresa, tal vez de emocion. Porque aquella mujer parecia iluminar el retrete con su hermosura, con su pureza, con su juventud, porque

aquella mujer, á quien llamaban Schamsul-Ilemal (*Sol de la hermosura*), era á los ojos de Muza una hurí, como él las había visto en sus sueños de creyente.

El todo de aquella mujer era indescribible, no se espresaba, se sentía, ó por mejor decir, se aspiraba por todos los sentidos.

No podia dudarse de su pureza ni de la paz de su corazón; era altiva, pero con majestad; severa pero sin enojo.

—Hela ahí, cristiano, le dijo el infante; si mi hermano duda, dile que la has visto; y si su hermosura te ha conmovido, pide á Dios que te haga morir, porque la desesperacion será contigo.

—¿Quién es esa mujer? exclamó Muza asiendo un brazo del infante.

Sidy Alhamar se hizo atrás, pero el emir le tomó la puerta.

—¿Quién es esa mujer? repitió con voz de huracán Muza.

El infante puso mano al pomo de su puñal, y gritó:

—¿Y quién eres tú que así me preguntas con acento de amenaza?

—He visto la mujer que buscaba, traidor, contestó el emir, y ya puedo darme á conocer. Mirame bien, añadió en árabe levantándose la visera; yo soy Muza Ebn-Abil-Gazan.

Sidy Alhamar solo contestó con un rugido, quiso defenderse con las tinieblas y apagó su lámpara, pero quedó aún la otra de nácar suspendida de la cúpula fuera del alcance de su mano, y se arrojó no teniendo otro medio, con el puñal en alto sobre el

pecho del emir ; pero la armadura milanese de Gaston de Vargas hizo saltar la hoja.

Entonces se trabó una lucha estraña ; Sidy Alhamar arrojó al emir los búcaros, los pebeteros, todo cuanto halló á la mano, en tanto que Muza le acometia espada en alto ; replegado al fin tras el divan como tras una muralla, évitaba los golpes de la espada de Muza y se lanzaba á él, pretendiendo asir sus piés como un lobo rabioso.

Y la lucha se prolongaba: defendido el infante por el divan, sirviéndose cual de una adarga de uno de sus almohadones henchidos de plumas, buen parador, incansable y ligero, resistia los golpes de Muza, que en uno de sus ataques tropezó con la punta de su espada en la lámpara de nácar y la apagó.

Envuelto en las tinieblas dejó de acometer, bajó la punta de su espada temeroso de herir á Schamsullemal, y en tanto Sidy Alhamar ganó la puerta y la cerró.

Muza corrió tambien á ella, pero era muy fuerte y no la pudo romper.

—¡Por aqui, emir! dijo la voz dulce de Schamsullemal, mientras se escuchaba en el jardin la ronca voz del infante que llamaba á sus esclavos; ¡por aqui! yo en mi larga cautividad he buscado muchas veces una salida, he dado golpes haciendo resonar las paredes, y aqui hay un agimez tapiado que ha resistido á mis fuerzas, pero que cederá á las tuyas.

Entonces Muza recordó haber visto la torre con los agimeces tapiados frente á la grande aljama ; recordó que estaban poco elevados, y buscó á ciegas por el sonido de la voz á Schamsullemal, que le

asíó por la mano y le hizo tocar el sitio de la pared, que habia encontrado mas resonante y por lo tanto mas débil.

El emir levantó en alto la adarga de hierro del capitán Gaston y dió con ella de punta en la pared; al tercer golpe derrumbóse y penetró por la abertura la luz de la luna, que alumbraba la plaza de la grande aljama.

—¡Pronto, Muza! exclamó Schamsul-Ilemal oyendo los pasos precipitados de Sidy Alhâmar, que atravesaba con gran tropel de esclavos el jardin; ¡pronto!

Muza desciñó la faja de la jóven, asíó uno de los extremos á su talle y la descolgó á la plaza; luego cuando ella soltó el extremo á que estaba asida, el emir aseguró el otro á la columna del agimez y se deslizó en la plaza.

En el momento en que ponía los piés en tierra, una cabeza furiosa apareció en la abertura del agimez, y el infante Sidy Alhamar gritó furioso mostrándole los brazos estendidos y los puños crispados:

—¡Emir! ¡emir! ¡Por la sangre de mi padre, acuerdate del infante Sidy Alhamar!

Muza rugió de cólera: se le escapaba uno de los traidores, á su vista, sin que pudiese evitar su fuga.

Oyéronse pasos acompasados en una de las calles próximas, y poco despues la luna reflejó en las armas de algunos soldados moros que rondaban precedidos de un alwacir.

Schamsul-Ilemal se cubrió con el velo y asíó el brazo del emir, que gritaba:

—¡A mí! ¡á Muza Ebn-Abil-Gazan!

La ronda acudió precipitadamente á su voz y le rodeó.

—¿Qué ordenas, poderoso señor? dijo el alwacir reconociendo al emir á la luz de luna y saludándole respetuosamente.

—Aposta aqui, bajo ese agimez roto, diez de tus ballesteros; que se detengan y aposten tambien rodeando esta torre y estos muros cuantos hombres de armas ó musulimes pasen por la plaza; y préndase á éualquiera que salga de ese recinto, mujer ú hombre, noble ó villano. Tú, sígueme con los restantes.

El alwacir cumplió instantáneamente las órdenes del emir, que se alejaba á gran paso, llevando del brazo á Schamsul-llemal, y miró con estrãeza la abertura del agimez y los escombros que bajo él se veian; luego con otros diez ballesteros siguió á Muza, que á pesar del arnés marchaba con una rapidez prodigiosa; la jóven le seguia, y sus pequeños piés parecia que no tocaban á la tierra; las brisas de la noche agitaban su velo, jugaban con sus cabellos y un perfume embriagador envolvía al emir; de vez en cuando éste, á pesar de sus pensamientos, lanzaba una rápida mirada á la mujer, y sus ojos cegaban ante los destellos que arrancaba la blanca luz de la luna de un joyel pendiente de su cuello.

Y asi, en este estado de escitacion, pensando en la salvacion de su patria, envuelto en el misterioso prestigio de aquella mujer casi áerea, furioso, enamorado, impaciente á la par, el emir no andaba sino que se deslizaba como impulsado por el viento, dejando tras sí á los ecos el áspero crugir de su armadura, y á las auras la suave ondulacion de la flotante; tú-

nica de Schamsul-Ilemal y la deliciosa ambrosia de su aliento y de sus cabellos.

El alwacir y los diez ballesteros seguían casi á la carrera á los dos jóvenes, que parecían una vision nocturna y mágica, deslizándose á través del oscuro fondo de las callejas ó ante el rayo de la luna que cortaba á veces con una estrecha faja de luz las penumbras.

Y así sin descanso llegaron á Bib-Guadix.

—¡Alerta! gritó Muza al atalaya, que paseaba en las almenas con la pica al hombro, entonando un romance de amores; ¡alerta! ¡y á las armas!

El canto cesó, y el atalaya afianzando su pica, gritó:

—¡Alerta! ¡y á las armas!

Bajo el oscuro arco de la bóveda oyéronse confusas pisadas, crujir de armas, ruido de voces; luego el ronco redoble de un atabal resonó entre las almenas; y por tres veces, tres haces de ramaje encendido lanzaron su flébil llamarada en el adarve.

Y luego se escucharon los atabales del recinto, y lucieron sobre las puertas y sobre las torres las fogatas, y despertó Granada sorprendida al ronco estampido de alarma de las bombardas de la Alhambra.

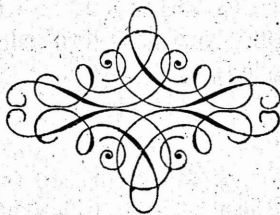
Y despertaron también las oscuras atalayas de la vega y de los montes y lucieron sobre ellas los fuegos, y el grito de guerra de Muza fué llevado instantáneamente hasta las lejanas fronteras y hasta el real de Santafé, que permaneció silencioso y oscuro.

—¡Un caballo y una lanza! gritó Muza dándose á conocer al alcaide de la puerta; ¡á caballo todos los zenetes de la guarda! ¡bajad el rastrillo y al campo!

Todo se hizo con un silencio y una rapidez que honraban á los ginetes granadinos; el alwacir con los diez ballesteros quedó guardando la puerta, y Muza cabalgó, poniendo ante sí sobre el caparazon del caballo á Schamsul-llemal, y se lanzó al galope seguido por cien zenetes sobre el camino que conducía á la cueva del rio.

Pero nada se descubrió, la puerta estaba abierta, el palacio abandonado; en el retrete donde habia encontrado Muza á Schamsul-llemal todo estaba en el mayor desórden; los pebeteros volcados habian quemado á trechos la alfombra, y sobre el divan se veian algunas gotas de sangre.

Muza tomó posesion de aquel palacio abandonado en nombre del rey; mandó abrir la puerta que antes le daba entrada por la plaza de la grande aljama; y haciendo retirar á los zenetes y á los soldados que le seguian, se tornó á su alcázar con Schamsul-llemal, cuando el alba dissipaba las tinieblas de aquella noche de aventuras.

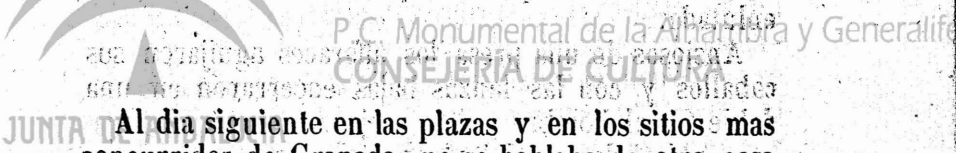


... de la ciudad de Granada, se habia llamado al alcaide...
... de las torres, habia respondido tambien a su vez el castillo de Bib-Ataubin, y su alcaide, el va-

VIII.

Al dia siguiente en las plazas y en los sitios mas concurridos de Granada, no se hablaba de otra cosa que de la alarma de la noche. Pero la verdadera causa se ignoraba, y solo se sabia por el vulgo que al amanecer habia entrado por Bib-Ataubin, rodeado de lanzas, un astrólogo africano conduciendo del diestro un palafren en que cabalgaba una mujer vestida á la castellana y cubierta con un tupido velo.

Y era verdad; á la voz de alarma lanzada por Muza y repetida por los atalayás, los atabales y las fogatas de las torres, habia respondido tambien á su vez el castillo de Bib-Ataubin, y su alcaide, el va-



liente Reduan Venegas, se habia lanzado al campo con sus ginetes.

Temíase una algarada de los enemigos, y el alcaide avanzó, ansioso de ginetear con los cristianos, hasta llegar á la vista del real de Santafé.

Pero á pesar de los disparos de la artillería de la Alhambra y de las llamaradas de las torres de atalaya, el real estaba silencioso y solo se veían al lejos los destellos de las armas de los escuchas apostados en los muros.

El cristiano esperaba encerrado en su campo, como el tigre en su cubil, y Reduan se tornó; pero á poca distancia de Granada, cuando el alba empezaba á esclarecer el horizonte, he aquí que los campeadores del alcaide distinguieron un hombre cubierto con un balandran negro, caminando apoyado en un baston, delante de un palafren que conducía á una dama enlutada.

Ansiosos de una presa los alfaraces aguijaron sus caballos y con las lanzas bajas encerraron en una doble fila al hombre y á la mujer.

—¡Alto! les gritó Reduan Venegas.

El hombre se detuvo y la dama refrenó su palafren.

—¿Quiénes sois?

—Un viejo y una mujer que vamos á Granada,

contestó el hombre.

—¿De dónde venis y cual vuestro nombre?

—Eso no te diré, alcaide, Reduan, contestó el viejo; pero si desconfías de mí, llévame entre lanzas

al alcázar de la sultana Aixa la Horra y por ella

sabrà el rey Abou-Abdallah quien yo soy y de donde vengòs

El feroz alcaide no preguntó mas al viejo; se limitó á llevarle á Granada entre lanzas, y le condujo con la mujer al alcázar de la sultana.

Después de esto habia tornado una tranquilidad aparente; los que habian tomado las armas al grito de alarma volvieron á sus casas, y todo siguió en la ciudad el curso acostumbrado; pero los curiosos y los fanáticos buscaron en vano en la puerta de la aljama á Jucef-el-Alime, en tanto que miraban con asombro roto uno de los agimeces del misterioso torreón, y franqueada su puerta tapiada hacia tanto tiempo.

Sombrios ballesteros paseaban delante de ella; y entraban continuamente wacires y katibes.

En tanto en el alcázar de Dar-lá-Horra (1), en uno de sus más retirados retretes, recostada en un divan, marcadas en sus ojos las huellas del insomnio, blanca y pálida como una azucena marchita, se veia una mujer, hermosa aun, aunque ya tocaba al otoño de su vida. A pesar de esto, sus ojos negros y poderosos brillaban como en la fuerza de la juventud, y sus formas se conservaban mórbidas y sus cabellos brillantes.

Su traje era sencillo, severo, de color oscuro y cubria profusamente entre sus anchos pliegues su cuello; sus brazos y sus piés; un chal de la India rodeaba su cabeza y le sujetaba sobre su frente una sencilla, aunque rica garzota de perlas.

(1) Hoy convento de Santa Isabel la Real.

Una esclava negra dormía á sus piés, echada sobre su túnica, y fuera, en el vestibulo del retrete, se veía pasar y repasar tras la puerta ogiva, un esclavo nubio, sin otras armas que un puñal envainado entre su faja.

Un profundo silencio dominaba cerca y lejos, á escepcion del canto de los ruisenores que encerrados en jaulas doradas revolaban alegres ante los primeros rayos del sol que aparecía tras la lejana silueta de las sierras.

Las auras de la mañana penetraban por los agujeritos cargadas de los aromas de los jardines, y lanzaban blandamente el vapor de los pebeteros en transparentes espirales, hasta la matizada ensambladura de cedro, velando en un suave vapor las labores persas y los alicatados que enriquecían los muros.

Voluptuoso, impregnado de indolencia y de languidez, parecía volar allí el espíritu de los amores orientales; los transparentes estaban inundados de una luz diáfana, purísima, naciente, halagadora como debió serlo la primera sonrisa de amor de la primera mujer.

Y sin embargo, la que velaba y parecía haber velado toda la noche en el ángulo de aquel divan, se mostraba ajena á aquella naturaleza virgen y perfumada, que despertaba sonriendo, que la enviaba el suave reflejo de su ardiente sol, que la hacía aspirar sus silvestres aromas entre las alas de sus brisas, y la daba el murmullo de sus aguas y el canto de sus aves; aquella mujer inmóvil, silenciosa, sañuda, altiva, parecía tener vuelta la mirada de sus ojos fijos al fondo de su alma.

Y habia sufrimiento en aquella frente surcada ya por imperceptibles arrugas, en aquellos ojos orlados de larguissimas pestañas y coronados por anchas y fruncidas cejas, en aquella boca entreabierta y desdenosa de labios delgados y descoloridos que dejaban entrever una dentadura de perlas tenazmente cerrada; pero era un sufrimiento que inspiraba respeto y compasion, un sufrimiento lleno de majestad, imponente en su dolor.

Aquella mujer era la sultana Aixa la Horra (*la Honesta*), esposa de Abou'l-Hassan y madre del rey Abou-Abdallah.

Hubiérasela creido una estatua, á no ser por el movimiento de sus párpados y la leve agitacion de su seno: tan inmóvil y tan silenciosa se mostraba.

Un poco despues de la salida del sol, á tiempo que el nubio desaparecia en su paso ante la puerta, se dibujó en ella la forma de un hombre, que se detuvo un momento y luego adelantó en silencio sobre la alfombra que apagaba el ruido de sus pisadas.

Era el emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

Estaba deslumbrante de riqueza y de hermosura; su cabeza, cubierta por una toquilla de lino y un bonete de púrpura, parecia en lo radiante y majestuosa acabada de despertar de un sueño de amor y de gloria; su caftan azul, su alquicel de brocado, su continente todo le daba el aspecto de uno de los reyes de los cuentos de hadas.

Dejó su calzado, y se adelantó hasta Aixa, cual si pisase el pavimento bendito de una aljama, se arrojó con amor sobre su túnica y asiendo una de sus manos la cubrió de amantes besos.

La sultana se estremeció; retiró su mano, como si la hubiera tocado un hierro ardiendo, y fijó su mirada profunda en la frente del emir, que la contemplaba con los ojos húmedos de amor, pero de un amor purísimo, inefable, como el que siente un hijo por una madre.

Al reconocerle la sultana Aixa recobró su expresión natural, sonriose imperceptiblemente, y con amargura asió con sus dos manos la cabeza de Muza y le besó en la frente.

—¿Qué quiere mi hermoso y valiente hijo! exclamó la sultana levantándole de sus piés y sentándole al par suyo en el diván.

—Poderosa señora, contestó Muza, haz que nuestras palabras no puedan ser oídas, porque en lo que tengo que decirte va tal vez la honra de tu linaje.

Aixa despertó á su esclava favorita, alejó del vestíbulo al negro, y cerró por sí misma las dobles puertas de su retrete.

Luego, indolente, acompasada, majestuosa se detuvo delante de Muza, y poniéndole una mano sobre el hombro, exclamó:

—¿La honra de mi linaje, emir! ¿Acaso le queda alguna? ¿Sustenta ya la Alhambra el trono pujante de mis abuelos? ¿ó por ventura son rechazados los cristianos de nuestras lejanas fronteras, dejando en ella sus pasos marcados con sangre? ¿Crees tú que yo, la reina Aixa, nieta, prima, esposa y madre de rey, he envejecido por los años, por las enfermedades ó por los placeres? No, Muza, no; en mi frente se plegan rugas, mis mejillas están marchitas y mis labios se han descolorido por los pesares y el abandono.

—Pero aun eres, noble señora, contestó Muza, la envidia de las hermosas y gentiles damas de Granada; aun tus ojos guardan relámpagos de pasión, sultana.

—No, contestó sonriendo tristemente Aixa; no te digo esto porque yo deploro la pérdida de mi juventud y de mi lozania; es porque mis rugas son hijas de los terribles pensamientos que abrasan mi frente; es porque he pensado que mi vejez será triste y afanosa; mas que lo ha sido mi desgraciada juventud; es porque creo que mis ojos se cerrarán á luz lejos de Granada, en un pais bárbaro, donde acabaré sola, desesperada, sin un amigo que me consuele, sin un hijo que reciba en un beso de mi boca mi suspiro de muerte.

Muza movió la cabeza procurando sonreirse.

—¿Lo dudas? continuó Aixa. ¡Oh, yo no! Yo tengo siempre ante mí el Africa de donde vinieron nuestros abuelos, con sus arenales abrasados, con sus vientos mortíferos y sus tribus salvajes; yo veo abierta en ella mi tumba y la de mi hijo el Zogoi-bi (1); porque un signo fatal rige nuestro destino, emir; y el sol de Granada toca ya á su ocaso entre nubes de sangre.

Muza callaba dominado por el vibrante acento de la sultana.

—¿Sí? continuó Aixa con exaltacion; ¿no lo has visto? Los cristianos han llegado al fin hasta nuestros muros, despues de haber talado nuestros campos; nuestros ginetes han sido rechazados sobre la tierra.

(1) EU Desdichadillo.

del combate, y una ciudad cristiana ha levantado sus muros y se ha rodeado de cava á nuestros mismos ojos, sin que hallamos podido impedirlo. Fernando de Aragon, Isabel de Castilla, los dos príncipes que han llegado á ser reyes por la muerte de sus hermanos primogénitos; mas que por el decreto de Dios, por el crimen de otros, nos acechan desde esa ciudad! ¡Oh! ¿quién sabe, Muza, si me espera el destino sangriento de Carlos de Viana y de Blanca de Navarra?

Mira, continuó la reina dejando el divan y levantando el tapiz que cubria un alhamí, dentro del cual se veia una mesa ocupada por multitud de manuscritos y sobre la que brillaba aun la luz opaca de una lámpara; mira, yo he aprendido de algunos sabios, dialectos desconocidos á nosotros; he estudiado en mi larga viudez de esposa desamparada la lengua de los hebreos, de los griegos, de los romanos, de los castellanos; he pasado noches en vela para conseguir lanzar mi vista á través de los abismos de la historia, he meditado mucho y he visto siempre el crimen y la traición en torno de los reyes. ¡Por Allah, Muza! he comprendido que un gigante de hierro se lanza sobre Granada, y he leído en su porvenir la ruina, el destierro de sus hijos, las hogueras de los infieles, y la deshonor de nuestra raza suspendida sobre nuestras cabezas; he buscado un medio de salvacion; he buscado héroes como Almanzor y Abderramen entre nosotros, y solo te he encontrado á tí, mi valiente emir, á tí á quien llamo mi hijo, porque tú eres el que vienes á romper con tu amor y tu lealtad el triste abandono de una reina y de una madre.

—Y sin embargo, exclamó Muza, á quien habia

contagiado el dolor y la régia y valiente indignacion de la sultana ; aun no se ha perdido todo ; aun tenemos fuerzas: ademas de los ginetes y de los peones, que son la flor de Andalucia, gente endurecida y acostumbrada á la guerra ; tenemos veinte mil manebos en el fuego de su juventud, que en defensa de su patria harán tanto como los mas esforzados y de mas esperiencia.

—Sí, sí, contestó Aixa, la gente es mucha ; bravean y amenazan detrás de los muros, pero en sonando un atabal se esconden en lo mas retirado de sus casas ; además la guerra civil arde ; los hijos de Zoraya, de la renegada, de la infame Isabel de Solís, fomentan los bandos y cada dia hay un nuevo motin ; cada dia se tiñen las calles y las plazas con sangre musulmana ; y mira, añadió Aixa asiendo una mano de Muza y bajando la voz con misterio ; janoche-tuve una vision funesta, terrible!

El emir palideció, fascinado por un terror supersticioso, ante la sombría y penetrante mirada de la sultana.

—Sí, continuó Aixa; paseaba yo en mis jardines; empezaba la noche y la luna brillaba sobre la corriente de las aguas ; estaba sola ; no se percibia otro ruido que el murmullo de las fuentes y el rumor de las hojas: ruido soñoliento que entristeció mi espíritu, que enlanguideció mi cuerpo, que me hizo sentar sobre el césped y cerró mis ojos. Luego cubrió mi inteligencia un manto de tinieblas, despues ví un desierto opaco, sin luz ni sombra, sin cielo ni horizontes.

Un jóven leon, fuerte y valiente, pasaba á través

del desierto; yo amaba aquel leon de brillante gue-
deja, de mirada noble, de continente majestuoso,
porque veía en él el símbolo régio de la lealtad y de
la bravura.

El leon penetró en una oscura selva, y le ví unir-
se á siete viejos leopardos negros de miradas feroces
y con las cabelleras manchadas de sangre; y el leon
habló con ellos, y ellos le acompañaron hasta una os-
cura gruta.

Y en aquella gruta habia una blanca y gentil ga-
cela guardada por un lobo, y el leon ahuyentó al lo-
bo, y libró á la gacela y la amó.

Peró la gacela fascinó al leon, y un cobarde mila-
no arrojó tósigo sobre el camino del leon, y el leon
pereció, y pereció la gacela, y el lobo se cebó en su
sangre, y el milano huyó á remotas playas.

Y yo quise en lo recóndito de mi espíritu conocer
el sentido de la vision, y rasgóse el velo de mi men-
te. Y ¡oh Muza! tú eras el leon, la gacela una vir-
gen pura y bella, el milano el rey Abou-Abdallah, y
el lobo, el miserable, el traidor, el hijo de Zoraya, el
infante Sidy Alhamar.

Y desperté, Muza; y como si mi sueño hubiese sido
un presagio funesto, escuché el estampido de alarma
de las bombardas de la Alhambra, y el redoble de
los atabales, y la carrera y los gritos de los soldados.
Huí del jardin, y desde entonces estoy aqui, aterra-
da, sin que halla besado el sueño mis párpados, con
la desesperacion en la frente y el dolor en el corazon.

Muza se habia levantado y paseaba agitado por el
retrete; su paso lento, fuerte, marcado; lo sombrío
de sus ojos, lo fruncido de su entrecejo, le asemeja-

ban al jóven y valiente leon que habia visto la sultana en sueños.

—Tambien ante mí ha pasado una vision siniestra, madre mia, exclamó Muza con profundo acento, sin dejar su paseo circular; tambien yo he visto rasgarse ante mí el velo del destino; y esa terrible vision es la que me trae á tu lado, porque tú, sultana, estás envuelta en ella, porque en ella está tal vez la honra de tu linaje.

Y Muza relató brevemente á Aixa cuanto le habia acontecido la noche anterior, desde la salida de su alcázar hasta su vuelta á él.

Luego sacó lentamente de entre su faja el cofrecillo de ágata, y mostró á la sultana las siete hojas de laurel ensangrentadas.

—¡Siete dias de amor, la dijo, por siete siglos de sangre! ¡Oh! ¡y yo la amo, Aixa, como nunca he amado, y siento mi ser lleno de su ser, y mi sangre arde y se estremece ante esa hermosura que guarda el destino de mi patria! ¡hemos alcanzado un horóscopo fatal! ¡necesitamos talismanes para vencer la traicion; mas que soldados tenemos que ser amantes! ¡Oponemos el engaño al engaño! ¡Por Allah, que casi estoy resuelto á romper de frente con mi destino, á ordenar mis leales almogawares y á lanzarme con ellos sobre ese real insolente! ¡Oh! ¡por qué no he sido yo rey de Granada!

En aquel momento dieron un respetuoso y recatado golpe á la puerta del retrete.

Muza llegó á ella y la entreabrió.

—Poderoso señor, dijo prosternándose un esclavo; ha largo espacio que un astrólogo acompañado

dé una dama encubierta, demanda la honra de besar las huellas de los piés de la sultana (á quien Allah bendiga); y ahora añade impaciente que si no se cumple su deseo tal vez peligre el reino y la misma sultana. Muza, irritado por la insolencia del mensaje, abrió la puerta para lanzarse fuera, pero le contuvo Aixa.

—Que espere ese hombre, dijo al esclavo que se retiró.

—¡A este punto hemos llegado! exclamó Muza inclinando la cabeza con dolor; los astrólogos y los juglares se creen con derecho á impacientarse en los alcázares de sus reyes.

—Hace mucho tiempo que no lo somos, emir; ¿acaso no oyes todos los dias al populacho insultar á mi hijo? ¿no han apedreado las puertas de su alcázar? Cuando volvió de su vergonzoso cautiverio despues de la rota de Lucena, ¿no encontró ocupada la Alhambra por su tio Abdallah-al-Ssagar? yo envuelta en las tiniéblas ¿no le abrí un postigo del Albaicin, cual hubiera podido á un bandido ó á un contraventor de la ley? No, Muza; el diván de Granada no es otra cosa que una púrpura rasgada por las guerras civiles y manchada por la traicion.

Y vete, tal vez ese hombre que aguarda sea un vasallo leal, tal vez venga á noticiarme alguna nueva rebeldía.

Muza iba á salir, pero se detuvo súbitamente como quien recuerda algo importante.

—Estoy loco, dijo, mi cabeza arde y se envuelve entre tanta y tanta emocion, sultana; habia olvidado el objeto que me trajo ante tí.

Y sacó de entre su faja el pergamino que le habia

entregado Gaston de Vargas, escrito por el infante Sidy Yahye á su hermano Sidy Alhamar, y le mostró á la sultana.

Aixa le desenrolló y leyó.

A medida que adelantaba en su lectura, su frente pálida se enrojecia, sus ojos lanzaban relámpagos de furor, su seno temblaba, y sus manos crispadas estrujaron al fin con una rabia infinita el pergamino.

Pero instantáneamente aquel furor desapareció, su frente tornó á su palidez natural, y sus ojos dejaron su espresion bravía.

—¡Muza! ¡valiente hijo mio! le dijo: el destino te trae junto á mí; corre, sal por esta puerta, atraviesa la galeria, llega al otro retrete y levanta la alfombra del divan; luego cuenta en el pavimento las baldosas desde el ángulo oriental hasta siete, levanta con la punta de tu puñal la última, en que está grabada una invocacion á Allah, saca un cofrecillo de hierro que hallarás bajo de ella; sal por un postigo del muro, y espérame en tu alcázar.

Muza, demasiado caballero para pretender inquirir mas de lo que se le confiaba, besó las manos á la sultana, tomó su calzado, y salió del retrete por una puerta opuesta á aquella por donde habia entrado.

Cuando Aixa no escuchó ya el sonido de sus pisadas, abrió la puerta y dijo con voz breve y severa:

—Que entre ese hombre.

El esclavo partió, y Aixa, despues de haber cerrado las espesas celosías de los agimeces, se reclinó en la sombra de un ángulo del divan.

Poco despues aparecieron en la puerta un hombre y una mujer.

IX.

Entrambos adelantaron con osadía; ella cubierta con su manto; él revozado el rostro con el extremo de su toca. Aixa permaneció inmóvil, reconcentrada en sí misma, con la mano posada en el pomo de su puñal.

El hombre miró receloso en rededor, y fué á cerrar la puerta del retrete que daba paso al vestíbulo.

—¿Quién eres tú, miserable? gritó Aixa, que no pudo reprimir por mas tiempo su orgullo de reina; ¿tú, que te atreves á encerrarte conmigo en mi retrete de sultana?

El hombre no contestó; acercose lentamente á la

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCÍA

mujer cubierta, arrancó el velo de su cabeza, y dijo:
—¡Esta es mi madre!

Aixa miró con terror la frente de aquella mujer, y dudando aun de sus ojos se lanzó á una celosía, la abrió de golpe, y descorrió el tapiz de seda del agimez.

La luz del sol inundó con reflejos brillantes el retrete, y coloró el semblante de la mujer que acababa de descubrir el que se había anunciado como astrólogo.

Aixa dió un grito al reconocerla, y quedó inmóvil, muda, fascinada, como ante un objeto de horror.

Aquella mujer era alta, esbelta, de ademan soberbio, y frente surcada por prematuras arrugas y que aun guardaba enérgicas señales de una gran hermosura; sus ojos estaban tenazmente fijos en la alfombra; envuelta en su ancho ropaje de luto inmóvil y silenciosa, parecía esperar á que otro forzase aquella situación estraña.

Aixa fué la primera que rompió el silencio.

—¡Tú! ¿eres tú? dijo con voz que el odio y la cólera hacian convulsiva; ¡tú, Isabel de Solís, Zoraya! ¡el espíritu infernal que siempre cruza mi camino, y á quien siempre veo en mis recuerdos de esposa escarnecida y de madre calumniada!

—Yo soy, contestó Zoraya, levantando trabajosamente la vista hasta posarla irresoluta en Aixa.

—Y yo el infante Sidy Alhamar, dijo el hombre dejando caer el extremo de la toca que ocultaba su semblante.

—Aixa se cubrió el rostro con las manos, y quiso huir.

—No, la dijo Sidy Alhamar asiéndola de la túnica;

aguarda, sultana, estoy desarmado y nada tienes que temer de mí ni de mi madre. De mi madre, que á pesar de todo te respeta y te ama.

Sidy Alhamar pronunció estas palabras en acento dulce y sentido, como pudiera serlo el de un hermano ó el de un amante.

—Mucho debeis esperar de mí, contestó Aixa, echando atrás su cabeza en un movimiento lleno de majestad, cuando así te humillas Zoraya, cuando así encubres tu odio, Sidy Alhamar. Acabemos pues. ¿Quién ha traído á los rebeldes al alcázar de sus señores?

El infante escuchó sin conmoverse esta pregunta, y contestó:

—Tú lo has dicho, sultana; mucho esperamos de ti; una mujer que es la lumbré de los ojos de mi hermano Sidy Yahye, una mujer á quien guardábase como un tesoro inestimable entre las sombras de un retiro ignorado, ha sido robada esta noche, merced á la traicion y al engaño, por uno que se jacta de ser el mas bizarro y cumplido caballero de Granada, por el emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

La sultana sin contestar; se reclinó con desden en el divan, mientras Zoraya y su hijo permanecian de pié ante ella.

—Yo mismo, continuó Sidy Alhamar, desarmado, creyéndome seguro por el honor de un caballero, he estado á punto de perecer á manos de Muza.

—¿Y bien? dijo impaciente Aixa, ¿qué quereis?

—Muza, contestó el infante, te ama como á una madre, sultana, y aunque hubiese de rasgar su corazón para complacerte, no se negaria á tu capricho.

mas exigente. Pues bien; si logras que se nos devuelva esa mujer, mi hermano, á quien acabo de ver en el real de Santafé, mi madre y yo desistiremos de nuestros odios contra tu hijo Abou-Abdallah; retiraremos del ejército de los reyes de Castilla las taifas moras que les ayudan; volveremos á tomar nuestras armas por Granada, y juraremos pleito homenaje y obediencia al rey.

—¿Y cuáles son mis seguridades? preguntó con sarcasmo Aixa.

—Mi madre, contestó Sidy Alhamar; mi madre á quien amamos, y que te dejaremos en rehenes.

Brilló un relámpago en los ojos de Aixa, que se perdió entre el doble y oscuro fondo de los tapices que festonaban el divan entre los que se habia envuelto.

—Acepto, dijo la sultana; esta tarde esa mujer te será entregada en el sitio que señales.

Sidy Alhamar no esperaba una concesion tan fácil, y frunció el entrecejo.

—Aun hay mas, murmuró sombríamente Sidy Alhamar.

—¿Aun hay mas? veamos, repuso la sultana.

—Como mi hermano y yo somos enemigos jurados del emir, en tanto que se firman las capitulaciones por las que debemos ser asegurados en nuestros bienes, en nuestra libertad y en nuestras vidas, quiero para mi hermano y para mí residencia en uno de los castillos reales de Granada, concedida por el rey, no á mí, Sidy Alhamar, sino á Abu-Al-hakem, sabio astrólogo, que se ocupará en preguntar á los astros el destino de Granada.

—Es decir, observó la sultana, que tú, no pudiendo ya vivir en Granada á la faz del sol, presentándote á la plebe en la puerta de la aljama como sabio y faquí, pretendes estar á la mira de tu presa encerrado en una torre como un azor que acecha, ¿no es esto?

—Yo nada digo, sultana, sino que si no se nos otorga lo que pedimos, si no se nos concede el castillo que elijamos, y á mas no se ponen á nuestro servicio esclusivo un alferez y diez ginetes, mañana se presentará al rey Abdallah cierta faja, en uno de cuyos extremos está escrita una historia de amores en caracteres cabalísticos. Y entonces el rey sabrá que el pueblo llama la *Honesta* á una mujer.....

—¡Silencio! dijo Aixa levantándose y tapando la boca á Sidy Alhamar; ¡silencio!

Y fué á la mesa, tomó un pergamino, y escribió para el rey.

—Estas satisfecho, dijo penosamente la sultana á Sidy Alhamar mostrándole la escritura.

El infante leyó; el pergamino decia asi:

«Hijo, rey y señor Abou-Abdallah; tu madre la sultana Aixa te bendice y te besa en la boca.

«El astrólogo Abu-Al-hakem, doctor sabio y astrólogo profundo, por su amor á Allah y al rey quiere leer en las estrellas el signo fatal ó venturoso de Granada; pero para ello necesita la soledad y el misterio. Por el amor de tu madre, por el reposo de tu padre, concédele, hijo mio, cédula real para morar en el castillo que mas le plazca, y pon, porque asi es su voluntad, á su mandato una guarda de un alferez y diez ginetes.»

Sidy Alhamar examinó escrupulosamente el sello de plomo que pendia con hilos de seda del pergamino, le guardó enrollado entre su túnica, y dijo con acento conmovido á la sultana:

—Te dejo á mi madre, señora, y espero que su cautividad no sea penosa, ni que se cierren para ella otras puertas que las exteriores del alcázar.

—¡Oh! yo te lo prometo, contestó dominándose Aixa.

Sidy Alhamar besó á su madre, saludó á la sultana y salió cubriéndose el rostro con el extremo de la toca.

Zoraya permaneció aun inmóvil en el sitio donde se habia detenido al entrar; Aixa esperó, conteniendo la respiracion, á que se perdiese á lo largo del vestibulo el eco de sus pasos. Luego se lanzó como una pantera sobre Zoraya, la sacudió con fuerza del brazo, y gritó:

—¡Oh! ¡al fin té tengo en mi poder, vil combleza renegada; palidece en buen hora, grita, llora; pero tus gritos y tus lágrimas serán inútiles porque ya duerme el sueño del olvido quien por tí levantaba el látigo de los esclavos sobre mi frente!

—¡Oh! ¿por qué me tratais asi, señora? contestó en buen castellano Zoraya.

—¡Oh! ¡te has olvidado del árabe, cristiana renegada! ¡tú, la que has manchado el lecho de los reyes! ¡tú, la que has insultado á las sultanas! ¡tú, Isabel de Solís, la de sangre traidora, la que vuelves las armas de tus hijos contra el pecho de su rey y de su patria! ¿Por qué te trato asi? ¿has olvidado ya mi largo abandono, mi cautividad, la de mi hijo, la san-

gre musulmana vertida por tu causa, el enemigo que asienta insolente sus reales en la vega alentado por las guerras civiles que tú has encendido? ¡Por qué te trato así! ¡crees engañarme con el mentido arrepentimiento de tus hijos, cuando vienes á darme el golpe de misericordia, á terminar la lucha empeñada entre nosotras de celos á celos, de odio á odio, de sangre á sangre, deshonrándome ante los ojos de mi hijo! ¿Por qué te trato así? ¡oh! ¡ven conmigo, ven!

Y arrastró furiosa, colérica, rugiente, á Zoraya, que aterrada, trémula, sonrojada se dejaba conducir por su inexorable rival, á la misma puerta por donde habia desaparecido Muza.

Y así atravesaron una galería, un vestibulo, y entraron en un retrete pequeño y oscuro.

Aixa no se detuvo hasta llegar á un divan colocado en un ángulo de él; la alfombra estaba arrollada, y levantada una de las baldosas.

—Cuenta, le dijo Aixa; llega á la sétima. ¡Oh! mira, está vacía; antes que tú ha llegado otro, Isabel de Solís; las pruebas de un amor desdichado á que me arrastró el abandono y la crueldad de Abou'l-Hassan han desaparecido, y tú estas en mi poder.

Zoraya dió un grito de terror al ver el hueco vacío, y quiso huir.

—¡No! exclamó Aixa; estas en mi poder; el destino por esta vez me ha librado de ti; escucha: y acercándose á un agimez, sacó de su seno el arrugado pergamino entregado por Gaston de Vargas á Muza: escucha lo que dice el hermano al hermano.

Zoraya se dejó caer aniquilada sobre el divan, porque preveia una suerte funesta.

La implacable Aixa, leyó:

«Hermano mio: hoy en un momento de embriaguez he revelado nuestro secreto; el capitán Gastón de Vargas ha jurado robar á Schamsul-Ilemal. Es necesario que el capitán muera.»

—Siempre sangre en vuestro camino, observó la sultana interrumpiendo por un momento su lectura; luego prosiguió.

«Es preciso también que dejes de mostrarte en la puerta de la aljama, y que busques un asilo seguro dentro de Granada. Para ello procura robar á la sultana un cofrecillo de hierro que guarda bajo la sétima baldosa del ángulo oriental de la cámara dorada en su alcázar de Dar-la-Horra. En él encontrarás tales papeles que la obligarán á prestarnos una eficaz ayuda.»

—Ya se vé, continuó Aixa arrollando de nuevo entre sus manos el pergamino; ¿por qué te trato así? ¡Es verdad, yo debía recibirte con los brazos abiertos, á tí, Isabel, á tí, que llegas á mi casa cubriéndote con el velo de un hipócrita arrepentimiento para acabar de hundir el puñal en mi seno! ¡Es verdad, yo debía besar llorando de alegría tus rodillas, cuando vienes á darme el beso traidor de aquel apóstol de quien habla el Korán de los cristianos! ¡Es verdad, yo debía aun con todo esto perdonarte y llamarte mi hermana, á tí, que me has robado mi esposo, que pretendes esterminar mi reino! ¡Es verdad yo debía amarte, ponerte sobre mi cabeza, morir sonriendo por tí!

Zoraya se levantó, no pudiendo ya contener el odio que ardía en su corazón, y quiso hablar; pero Aixa cortó sus primeras palabras.

—¡Silencio! gritó: ¡silencio! ¡hola! ¡guardas, esclavos, á mí!

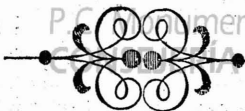
Instantáneamente se inundó el retrete de feroces almoravides armados hasta los dientes.

—Conducid á esa mujer á la torre del Gallo de Viento, encerradla en ella, y velad en su puerta.

Dicho esto salió; y Zoraya, á pesar de sus lágrimas y de sus gritos desesperados, fué conducida á la torre.



JUNTA DE ANDALUCIA



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
SECRETARÍA DE CULTURA



En tanto Muza se había trasladado á su alcázar en la Alhambra (1), llevando consigo el cofrecillo de hierro que había encontrado en la cámara dorada.

Al entrar en su retrete se presentó á su vista el esclavo Acbakr, triste y sombrío, con la palidez en la frente, y el furor retratado en los ojos.

El emir, acostumbrado á leer en el semblante del africano, palideció, previendo una gran desgracia.

(1) *Este alcázar era un departamento del que hoy se conoce como Casa Real; hace algunos años estaba en ruina, y ante él se veían casi enterrados unos baños de mármol; algun tiempo despues el brigadier de ingenieros señor Teruel restauró los muros, acabó de cubrir los baños, sobre los cuales hizo un jardin, y le rodeó de una tapia de tierra, tal como se vé ahora que escribo esta leyenda.*

—¿Qué acontece, Acbakr? le preguntó.

—El ángel negro, señor, posa sus alas sobre tu casa, contestó con ronca voz el esclavo; y bueno será que huyas sino te encuentras dispuesto á entregar al rey tu amigo el cristiano y la dama que has encontrado en la morada del santón.

Muza tembló de cólera al escuchar esta nueva.

—¡Pero quién ha podido decir al rey, exclamó, que esa mujer no sea una de mis esclavas trasladada desde mi palacio de la Azubia á mi harem de la Alhambra!

—Señor, contestó el esclavo, como me ordenaste, conduje esa dama al mirador de la torre sin ser visto de ojos vivientes; el capitán Gaston dormía en tanto sobre tu diván, y las otras esclavas estaban retiradas en el harem. Apenas había esclarecido el día, y todo callaba; entonces bajé á la caballeriza y me puse á limpiar tu caballo de guerra Samyel.

—¿Y bien...? repuso con impaciencia Muza.

—Hacia un momento que estaba en la caballeriza, cuando escuché el sonido de una guzla tan diestramente tañida, que parecía habían descendido sobre tu alcázar los arcángeles del sétimo cielo.

—¡Acaba! gritó con ansiedad Muza.

—Luego, continuó Acbakr, una voz suave, dulce y armoniosa cantó un romance de amores, y poco despues otra guzla contestó desde el alcázar, y reconocí en sus pulsaciones la mano del rey.

Entonces abandoné el caballo, corrí á los agimices, y ví en efecto al rey Abou-Abdallah en el mirador de la sultana, dirigiendo su vista al mirador donde estaba asomada la cautiva.

Subí á la torrecilla, y ví al capitán Gastón de Vargas contemplando á la mujer, y ésta tañendo tu guzla, vuelta la espalda al capitán, y riéndose á largas carcajadas de los romances de amores que la dirigia el rey.

Muza se estremeció.

—Entonces, continuó el esclavo, preivendo lo que iba á acontecer, dije á tu amigo, valiéndome de lo poco que entiendo el castellano: Capitán, una gran desgracia amenaza al emir; esa mujer es hermosa, el rey la ha visto, y ella se burla imprudentemente del rey; mucho será que no acontezca algun desman.

—¿Y qué he de hacer? dijo tu amigo.

—Ahora lo verás, le contesté, y me dirigí á la mujer. Señora, la dije, en este lugar no estás bien; permíteme que te traslade á otro mas seguro, y que te sirva de guarda ese cristiano.

Tu cautiva dejó la guzla, soltó otra larga carcajada, saludó con el extremo de su velo al rey, y mirándome con una fria indiferencia, me dijo:

—Hágase la voluntad de mi señor.

Bajamos las escaleras seguidos del capitán, llegué á los subterráneos, encendí una antorcha, abrí la puerta oculta de la mina que conduce al palacio de Darla-Horra, y entregando la antorcha al capitán, le dije:

—Cristiano, sigue esa mina que conduce al Albaicín, y llama á una puerta que encontrarás al cabo de ella. Despues dije á la dama, cuando contestaren, dí que sois dos cautivos que el emir Muza Ebn-Abil-Gazan suplica á la sultana conserve ocultos en su alcázar.

El capitán tomó la antorcha, y entró en la mina seguido de la mujer.

—¡Has sido un imprudente, Acbahr! exclamó Muza terriblemente contrariado por aquel desdichado acaso; ¡tú, solo tú, debiste acompañar á la cautiva! ¡Por Eblis que mi sino desdichado es mas lúgubre cada día! ¡enemigos por todas partes! ¡celadas continuas! ¡servidores imbéciles!

—Señor, murmuró inclinándose el esclavo, yo he creído oírte llamar hermano al capitán.....

—Sí, y tú que has nacido en Africa; tú, que sabes que para un buen musulmán son sagradas cosas las armas, el caballo y la mujer del que ha comido con nosotros bajo un mismo techo el pan y la sal, crees que todos los hombres son así. ¡Oh! ¡imbécil! puede un hombre esponer sus tesoros, su libertad, su vida por la salud de un amigo; pero como asegurar que ese mismo hombre no nos hará traición si entre él y nuestra amistad se coloca una mujer.

¡Vamos, sígueme! gritó Muza precipitándose á la galería que conducía á los subterráneos; es preciso que el capitán no esté mucho tiempo cerca de esa mujer.

—Es que, señor, el rey ha cercado de guardas tus jardines despues de la salida de la cautiva, y es imposible escapar por otra parte que por la torre de las Almenas.

Muza rugió de cólera.

—¡Que venga, gritó, Abd-el-Kerim, mi katib!

—Está en el alcázar del rey, señor.

—¡Pronto mi caballo! gritó Muza; ¡mi pendón! ¡mis ginetes! es preciso que yo rompa de una vez el círculo de hierro de mi horóscopo.

Acbakr salió, y un momento despues resonaron los atabales y los clarines del emir, que se ceñia en tanto apresuradamente sobre sus galas un arnés de batalla.

Por primera vez un sentimiento de celos y de odio germinaba en su corazon ; por primera vez maldijo la debilidad del rey, que sitiado por enemigos poderosos, exhausto de dinero, falto de mantenimientos para su ejército, encerrado como una mujer cobarde en su alcázar, se ocupaba en tañer y cantar amores á las mujeres de sus vasallos. Se empañaba lentamente en su corazon el terso esmalte de amistad y de amor que profesaba al capitan Vargas, y le parecia que le hacia traicion en las revueltas del subterráneo con aquella mujer á quien amaba ya con delirio, y á quien solo debia un frio agradecimiento por haberla librado de la dura esclavitud del infante Sidy Alhamar. Recordaba que durante dos horas la habia conducido rodeando su esbelto y flexible talle con su brazo tembloroso sobre el arzon de su caballo, y que ella, en cuyo semblante estaba retratada la pureza de una vírgen, no habia contestado ni con una solo mirada pudorosa al inmenso amor que de improviso se habia apoderado de su alma á la vista de su hermosura.

Entonces, volviendo la vista á su pensamiento donde estaba grabada tenazmente la imágen de Schám-sul-Ilemal, creyó encontrar en ella mucha semejanza con la sultana Aixa ; por la primera vez de su vida, caballero infiel á los secretos de una dama, corrió sobresaltado al cofrecillo de hierro que habia dejado con el de ágata, en el que guardaba las siete hojas

de laurel, en un nicho afilegrinado del muro; le tomó entre sus manos y le examinó.

Sobre la tapa del cofrecillo estaban cincelados en el enmohecido hierro los cuarteles de un blason castellano demasiado conocido para él, por haberle visto cien veces en la adarga de un caballero cristiano, grande amigo de Abou'l-Hassan, que en vida de este rey solia pasar largás temporadas dentro de los muros de la Casa del Gallo ó de la Alhambra.

Era este caballero don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, uno de los primeros capitanes que asistian con sus lanzas y mesnadas en el ejército de los reyes Católicos.

Irresoluto, tembloroso, dejó Muza por tres veces el cofrecillo, y otras tantas le volvió á asir y á clavar la vista en los blasones de su tapa.

—Y bien, dijo, mi alma es bastante depósito para un secreto, y aqui tal vez encuentre alguna luz que aclare las tinieblas del oscuro laberinto en que me encuentro.

Pero dudó aun; su nobleza le hacia recordar la confianza de la sultana, que le habia entregado sin vacilar tal vez su honor, su porvenir, su vida.

Y á pesar de todo, su amor, sus celos, cien pasiones encontradas triunfaron en fin de su conciencia; en un momento de escitacion arrojó con fuerza el cofrecillo sobre el pavimento de mármol, y la tapa saltó, no pudiendo resistir la pujanza del golpe.

Un medallon de oro, un rizo de cabellos y un rollo de pergaminos rodaron dél.

Y Muza clavó su mirada avarienta en el medallon, y vió un retrato de hombre, jóven y hermoso, en la

fuerza de la juventud, como él había visto en su infancia al conde de Cabra, cuando le sentaba sobre sus rodillas y acariciaba su rosado semblante con sus membrudas manos de guerrero.

Y examinó el rizo, perfumado, sujeto en un lazo de oro y brillantes, rizado, fino y sedoso como el de una niña, y de color castaño oscuro.

Y desenrolló los pergaminos, y encontró en ellos cartas de amores, y juramentos tiernísimos escritos con sangre.

Muza había descubierto unos amores criminales en el misterioso cofrecillo de la sultana; pero su infidelidad había sido inútil; nada sabía mas que antes acerca de Schamsul-llemal.

Guardó cuidadosamente aquellos objetos junto con las hojas de laurel en las fuertes arcas de su tesoro, y trémulo, avergonzado de sí mismo, llamó al esclavo.

—Señor, contestó Acbahr apareciendo en la puerta, tu estandarte ondea, tus almogavares esperan, y tus walies cabalgan al frente de ellos.

—Toma esta caja, le dijo Muza, recátala cuidadosamente y llévala á mi armero; que al momento en secreto, componga de tal manera su cerradura, que ni yo mismo pueda notar que ha sido rota. Vé.

Acbahr partió á la carrera; Muza bajó á la plaza de armas de sus cuarteles, cabalgó en el valiente Samyel, y seguido en silencio de su alférez, de Naim Reduan, de Mohamet-Ebn-Zaide, sus walies, y de sus almogavares, salió por la torre de las Almenas, dió vuelta á la Alhambra, y se presentó en la puerta del Juicio.

Entonces un hombre, ginete en un asno, con traje de astrólogo, cubierto el semblante con la toca, recibió un pergamino enrollado y sellado que le entregó un xeque almoravid, y seguido de este y de diez ginetes á manera de guardas, se alejó al paso de su asno, pasando sin inclinarse ante Muza, que en aquel momento descabalgaba, y llena la mente de sombríos pensamientos, no reparó en él.

El emir se hizo anunciar al rey.

Un momento despues, precedido de dos pajes, atravesó el patio del Grande Estanque, luego el de los Leones, despues el retrete de las Dos Hermanas, y se detuvo ante el mirador de Lindaraja; donde, reclinado en un divan, entre dos esclavas medio desnudas, una de las cuales alejaba dél el humo de los perfumes con un gran abanico de plumas; casi perdido en la muelle oscuridad producida por los dobles tapices de seda y púrpura que cubrian agimeces, transparentes y celosias; halagado por el rumor de las fuentes y el canto de los pájaros, estaba el rey Abou-Abdallah, con la cabeza destocada, la túnica desceñida y los piés desnudos; una de sus manos se posaba en el hombro de su esclava favorita que estaba dormida sobre su pecho, y con la otra se divertia en lanzar hasta la cúpula un polluelo de azor, que volvia á posarse sobre el dedo de su señor.

De pié, inmóvil, respetuoso se veia al noble anciano Abd-el-Kerim, con los brazos cruzados sobre su pecho y las manos perdidas en las mangas, y mas cerca del rey, tras el divan, inmóvil tambien y silencioso, el jefe de los eunucos.

Antes de que los pajes pudieran anunciar á Muza,

penetró hasta el rey el áspero crugir de su arnés y se incorporó receloso sobre el divan, á tiempo que un paje gritó con voz sonora desde la puerta:

—El alto y poderoso emir Muza Ebn-Abil-Gazan. Abou-Abdallah indicó con un indolente ademán que podia entrar Muza, y este se adelantó, hincó una rodilla en tierra y saludó profundamente al rey.

—¡Ah! eres tú, mi valiente emir, dijo el rey lanzando en el aire su azor; por cierto que deseaba verte, puesto que hasta ahora solo he podido preguntar acerca de cierta esclava á tu katib, el severo Abd-el-Kerim, que tanto me ha contestado como hubiera podido hacerlo el wali de mis eunucos.

—No te comprendo, señor, contestó Muza con la mayor serenidad.

—¿A qué vienes pues? repuso el rey; ¡ah! no habia reparado en tí; eres el terror de mis mujeres y de mis pajes, Muza; mira como Lelia retira de tí los ojos con repugnancia; vienes manchado de sangre, emir.

En efecto, por resultado de la lucha de la noche anterior con Sidy Alhamar algunas gotas de sangre manchaban el jaco de Muza.

—Son arras de mi oficio, señor, contestó Muza visiblemente contrariado ante la molicie vergonzosa del rey.

—¡Oh! cuando como tú se recogen *hermosas presas*, contestó el rey con intencion, no es mucho que se tenga amor á la guerra, emir; yo, á quien llaman con cierta verdad el Zogoibi, no le tengo mucha voluntad desde la jornada de Lucena. ¡Oh! buen cautiverio me costó y gran rescate á mi madre. Es-

to es mejor, continuó señalando alternativamente con la vista á las dos hermosísimas esclavas, mucho mejor cuando se tienen vasallos valientes. Por Allah que tú solo, emir, pudieras poner en duda esa mi ponderada desventura. Tú eres mas dichoso; entras en la tierra de los cristianos y cautivas sus esclavas y sus mujeres, sin que el rey te deba su parte de botin, sin que elija para su harem entre tus cautivas, sin que sepa á donde vas y de donde vienes; ¿quieres mas?

—Quiero, repuso Muza, que se respeten mis fueros de emir y de caballero; quiero que mi casa no sea allanada, ni rondados mis miradores, ni llenos mis jardines de esclavos armados como se hace con los traidores y los villanos.

El rey se levantó ceñudo al escuchar las últimas palabras de Muza.

Y sacó de entre su túnica un pergamino, y le mostró al emir.

El pergamino, escrito por una mano desconocida, decía:

«Señor: Muza, tu emir, ha robado esta noche una mujer cuya posesion le hará invencible. Esa mujer te pertenece, rey, sino quieres verte arrojado de tu trono por la traicion. Apodérate de ella, y que un seguro encierro la aparte para siempre del emir.»

—¿Y cuando has recibido este pergamino? dijo Muza.

—Hace dos horas, contestó el rey, por un hombre que lo dejó á la guarda de la Alhambra y desapareció.

—¡Oh! ¡estamos cercados de traidores! murmuró

Muza; despierta, señor, despierta, porque tu sueño es de muerte.

El semblante del rey se cubrió de una nube sombría, y miró, lanzando relámpagos de cólera por sus ojos, al emir.

—¡Oh! ¡tú la amas, gritó furioso, y quieres fascinarme! ¡yo la amo también, vasallo, y quiero esa mujer. Yo la he visto entre tus miradores acompañada de un cristiano; y quiero la cabeza del cristiano. ¿Lo entiendes? ¿dices?

—¡Señor...! murmuró Muza conteniéndose á fuerza de su lealtad.

—Yo amo á esa mujer hace mucho tiempo, continuó el rey, yo la he visto en sueños; yo he visto también á ese cristiano con la espada desnuda tras mí en una vision de sangre; estoy cercado de traidores y de asesinos por doquier, y hasta mis esclavas me dan pavor.

Y el desdichado rey, estremecido, pálido, con la espresion de la insensatez en los ojos, cruzados los brazos sobre el pecho cual si pretendiese defenderle; así de una punalada, se replegó en el ángulo del divan.

—¡Hermano! ¡hermano mio! gritó Muza asiendo las manos del rey (1).

—Sí, yo la amo, dijo el rey volviendo á su pensamiento dominante; la ví esta mañana mas pura y mas hermosa que el alba que aparecia sobre los montes; tú la amas también. Pues seá. Hazla tu esposa; pero déjame ver sus ojos, hermano mio, y la amaré como á una hermana.

(1) Decíase que Muza era hijo bastardo de Abou'l-Hassan y de una cristiana.

Muza se estremeció; amaba al rey; pero conocía la inconsecuencia de su carácter; compadecíale débil é insensato, llorábalé desgraciado y temíale cruel.

—Quema ese pergamino, le dijo el rey, que no merece otra cosa escrito que mancha tu lealtad; qué-male, y ámame siempre, pero déjame ver á tu esclava.

—La verás, señor; contestó Muza arrojando el pergamino en uno de los perfumeros.

—¡Ahora! dijo el rey con la impaciencia natural de su carácter.

—¡Ahora, señor!

—Sí, al momento, contestó el rey con imperio.

—¡Hágase la voluntad de Allah! murmuró Muza, en quien la lealtad de caballero dominaba á su amor de hombre; cúbrete, señor, de tus vestiduras reales y vamos.

Poco despues el rey Abou-Abdallah, gallardo y hermoso, á pesar de que habia llegado á sus cuarenta años, giñete en su soberbio caballo, llevando á su mano diestra al emir y á la izquierda su álwacir, salió de la Alhambra por la puerta del Juicio, seguido de los almogawares de Muza.

Entrambos andaban y callaban.

De repente ella se detuvo, y dijo en árabe al capitán.

—¿Dónde me llevas?

El capitán entendía tanto el árabe como el hebreo, y su semblante se cubrió de la triste expresión de quien no puede contestar á palabras que desea comprender.

Ella repitió su pregunta en castellano.

Una expresión de inmensa alegría se pintó en los ojos de Gastón.

—Lo ignoro, hermosa señora, contestó.

—¡Esclava de una mujer! dijo meditando Schamsul-llemal; ¿y no sabes tú otra salida que nos saque libres de Granada?

—Tanto como tú, contestó Gastón.

Tras estas palabras los dos jóvenes siguieron en silencio la mina adelante.

A medida que avanzaban era mas lento su paso, como si temiesen concluir demasiado pronto su travesía; tal vez sin darse razón de la causa entrambos deseaban prolongar todo lo posible su estancia solitaria en la mina.

De vez en cuando Gastón lanzaba una furtiva mirada á Schamsul-llemal; y alguna vez aconteciale encontrar sus grandes ojos negros fijos en él; bajaban entonces los dos la vista y volvían á encontrarse sus miradas pasado un momento.

Al fin Gastón comprendió que no era indiferente á la joven y se atrevió á rodear un brazo á su cintura. Estremeciósese ella, y exclamó:

—Mal guardador eres de mujeres, capitán.